

DOMINGO III DEL TIEMPO ORDINARIO (A)
Homilía del P. Lluís Planas, monje de Montserrat
27 de enero de 2008
Is 8, 23b-9, 3 Mt 4, 12-23

Somos un grupo de personas de diferentes lugares que nos encontramos reunidos aquí en Montserrat; hay otros que gracias los medios de comunicación social como la radio y el internet también, de alguna manera, se sienten vinculados a todo lo que estamos haciendo, a lo que se dice, a lo que celebramos. La mayoría no nos conocemos personalmente, y sin embargo hay una cosa que nos reúne, que no es lo que sabemos, ni el prestigio social que podemos tener; sino que, más allá de la propia experiencia personal, nos aglutina el nombre de Jesús. Somos un grupo, una comunidad, un pueblo. Que deseamos creer, que queremos creer, que tenemos necesidad de creer en Jesús, y que esta fe ilumina nuestra vida. Hoy Jesús nos ha dicho pocas cosas, pero nos ha dicho lo esencial de su anuncio: «Convertios, porque está cerca el Reino de los cielos».

El evangelista nos ha recordado que, esta primera acción de Jesús después de su bautismo, cumplía punto por punto la profecía de Isaías que hemos escuchado a la primera lectura. Jesús, que había recibido el bautismo en el Jordán, ahora sabemos que se ha ido al otro lado, a la Galilea de los paganos, y allí ha empezado a predicar. Ha empezado no en un lugar donde la fe se vivía sociológicamente bien, sino en un sitio de frontera, donde había que dar un mensaje de esperanza, porque hacía mucho tiempo que estas tierras judías del Norte, que vivían bajo el impulso de los valores greco-romanos, la fe se había hecho más difícil.

También el evangelista nos ha recordado que esta experiencia de la predicación de Jesús hace verdaderas las palabras de Isaías cuando dice: «el pueblo que caminaba en tinieblas vio una luz grande; habitaban tierras de sombras, y una luz les brilló» Como todos muy bien comprendemos, la expresión: el pueblo que caminaba en tinieblas, no se refiere a un eclipse, sino que las sombras, la oscuridad, las tinieblas, son símbolo de los momentos bajos, del desánimo, del desencanto; y si nos habla de pueblo, es que se dirige a todo un colectivo de hombres y mujeres que necesita vivir un nuevo horizonte, sin las vacilaciones propias del que está desorientado. Hay que ver claro. La luz de Jesús es una irrupción intensa, transparente, precisa que hace ver el verdadero camino de salvación. Pero esta luz pondrá en evidencia aquello de turbio, insano, limitado, manchado que hay en la vida. Con la luz, la claridad de las palabras de Jesús darán aquello que se necesario para redimir, curar, purificar, como nos lo ha dicho al final del evangelio: que iba proclamando el Evangelio del Reino, curando las enfermedades y dolencias del pueblo.

Hoy también Jesús nos propone como a los habitantes de Cafarnaún que nos convirtamos porque el Reino de Dios está cerca. Ahora bien, también con nosotros puede pasar que su predicación no tenga mucho éxito, como le pasó en Cafarnaún. Seguro de que no deseamos que nos pase eso. Tendremos que esforzarnos para vivir los valores del Reino, porque, como veremos el domingo próximo, nos llevan hacia una dirección muy diferente de lo que nuestra sociedad contemporánea considera como valioso y digno de mérito: relacionarse con los pobres, los humildes, los que luchan por la justicia, los que lloran ... y tantos de otros que nuestra sociedad no considera como hombres y mujeres de éxito.

Todavía el relato de hoy nos ha hecho ver otro aspecto de la manera de ser de Jesús. Su vida no es estática, es acción; nos dice el texto «paseando junto al lago» e irrumpe

en la vida cotidiana de unos hombres; y vio hombres. Éste ver no es una mirada superficial, sino que se interesa por lo que es verdaderamente importante en la vida. Pedro y Andrés, Santiago y Juan respondieron inmediatamente a la propuesta de Jesús. Es la respuesta a la mirada de Dios. Todavía hoy Dios continúa mirándonos, y nosotros continuamos ajetreados con el deseo de triunfar a la vida; preguntémonos, ¿deseamos que Dios nos mire? ¿deseamos ser mirados, con la mirada del amor de Dios? Porque su mirada es verse amado por Dios, es verte liberado; pero también es aprender a ver con los ojos de Dios, y descubrir la huella del amor de Dios en los otros. Con esta mirada podremos hacer como Pedro y los primeros discípulos: ser pescadores que rescatan de la tiniebla a los que viven desconociendo la fuerza liberadora del amor de Dios. Todos nosotros formamos parte de este pueblo que ha sido iluminado por la luz del amor de Dios. Sí, como cantábamos, no dejemos nunca de decirnos: El Señor es mi luz y mi salvación.